Nicolás Guillén

Cantos para soldados y sones para turistas (1937)

Nicolás Guillén

Cantos para soldados y sones para turistas (1937)

Cantos para soldados

A mi padre,
muerto por soldados

SOLDADO, APRENDE A TIRAR...

Soldado, aprende a tirar:
tú no me vayas a herir,
que hay mucho que caminar.
¡Desde abajo has de tirar,
si no me quieres herir!

Abajo estoy yo contigo,
soldado amigo.
Abajo, codo con codo,
sobre el lodo.

Para abajo, no,
que allí estoy yo.
Soldado, aprende a tirar:
tú no me vayas a herir,
que hay mucho que caminar.

NO SÉ POR QUÉ PIENSAS TÚ...

No sé por qué piensas tú,
soldado, que te odio yo,
si somos la misma cosa
yo,
tú. [176]

Tú eres pobre, lo soy yo;
soy de abajo, lo eres tú;
¿de dónde has sacado tú,
soldado, que te odio yo?

Me duele que a veces tú
te olvides de quién soy yo;
caramba, sí yo soy tú,
lo mismo que tú eres yo.

Pero no por eso yo
he de malquererte, tú;
si somos la misma cosa,
yo,
tú,
no se por que piensas tú,
soldado, que te odio yo.

Ya nos veremos yo y tú,
juntos en la misma calle,
hombro con hombro, tú y yo,
sin odios ni yo ni tú,
pero sabiendo tú y yo,
a dónde vamos yo y tú...
¡No sé por qué piensas tú,
soldado, que te odio yo! [177]

SOLDADO MUERTO

-¿Qué bala lo mataría?
-Nadie lo sabe.
-¿En qué pueblo nacería?
-En Jovellanos, dijeron.
-¿Cómo fue que lo trajeron?
-Estaba muerto en la vía,
y otros soldados lo vieron.
¡Qué bala lo mataría!

La novia viene, y lo besa;
llorando, la madre viene.
Cuando llega el coronel
sólo dice:
-¡Que lo entierren!...

¡Chin! ¡Chin! ¡Chin!
Aquí va el soldado muerto.
¡Chin! ¡Chin! ¡Chin!
De la calle lo trajeron.
¡Chin! ¡Chin! ¡Chin!
El soldado es lo de menos.
¡Chin! ¡Chin! ¡Chin!

que más soldados tenemos... [178]

FUSILAMIENTO

Van a fusilar
a un hombre que tiene los brazos atados.
Hay cuatro soldados
para disparar.
Son cuatro soldados
callados,
que están amarrados,
lo mismo que el hombre amarrado que van a matar.

-¿Puedes escapar?
-¡No puedo correr!
-¡Ya van a tirar!
-¡Qué vamos a hacer!
-Quizá los rifles no estén cargados...
-¡Seis balas tienen de fiero plomo!
-¡Quizá no tiren esos soldados!
-¡Eres un tonto de tomo y lomo!

Tiraron.
(¿Cómo fue que pudieron tirar?)
Mataron.
(¿Cómo fue que pudieron matar?)
Eran cuatro soldados
callados,
y les hizo una seña, bajando su sable,
un señor oficial; [179]
eran cuatro soldados
atados,
lo mismo que el hombre que fueron los cuatro a matar.

RIESGO Y VENTURA DE DOS SOLDADOS

Un soldado blanquirrubio
y un soldado negritinto,
van, empapados de sol,
haciendo el mismo camino.
Llevan el máuser al hombro,
llevan el machete al cinto,
llevan el canto en los labios,
llevan el traje amarillo.
Las espuelas estrelladas
relumbran con fiero brillo,
y van regando en el polvo

sus cinco puntas de ruido.

Una voz en el camino

-¡No sigáis, soldado, no,
que aquí el camino se acaba!
Dormid en mi cuarto seco, [180]
y no en la yerba mojada,
bebed agua de mi pozo,
y no fango de la charca;
ved la tarde cómo cae
y la noche cómo se alza:
los rifles, que sigan rifles;
las balas, que sigan balas;
mas vosotros no sigáis,
que aquí el camino se acaba.

Al pueblo pueblo otra vez

Los dos soldados pararon,
y sobre el prieto camino
ya no hubo máuser al hombro,
ya no hubo machete al cinto,
ya no hubo duras espuelas,
ya no hubo traje amarillo.
¡Al pueblo pueblo otra vez
volvieron los soldaditos,
cuando supieron los dos,
blanquirrubio, negritinto,
sobre el camino soleado
donde acababa el camino!

Llegada

El pueblo pueblo los vio
llegar, ya entrada la noche,
tan distintos y contentos
que a poco no los conoce. [181]
Ninguno a la voz rajada
contesta de antiguos bronces;
y ninguno, como fiera,
detrás de su hermano corre:
los dos ven con ojos nuevos,
gritan los dos nuevas voces,
y los dos, nuevas palabras
con nuevos oídos oyen.

Canto y futuro

El pueblo pueblo los vio,
y así les cantó saltando:
-¡A la sangre, sangre, sangre,
de los soldados, soldados,
hay que ponerle, ponerle,
un poco más de cuidado!
Y los soldados decían,
también saltando y cantando:
-Agua sin correr, se pudre;
sangre sin olas, es charco;
¡corazón con ola y viento,
no corazón estancado! [182]

DIANA

La diana, de madrugada,
va con alfileres rojos
hincando todos los ojos.
La diana, de madrugada.

Levanta en peso el cuartel
con los soldados cansados.
Van saliendo los soldados.
Levanta en peso el cuartel.

Ay, diana, ya tocarás
de madrugada, algún día,
tu toque de rebeldía.
Ay diana, ya tocarás.

Vendrás a la cama dura
donde se pudre el mendigo.
-¡Amigo! -dirás-. ¡Amigo!
Vendrás a la cama dura.

Rugirás con voz ya libre
sobre la cama de seda:
-¡En pie, porque nada os queda!
Rugirás con voz ya libre. [183]

¡Fiera, fuerte, desatada,
diana en corneta de fuego,
diana del pobre y del ciego,
diana de la madrugada!

SOLDADO ASÍ NO HE DE SER

Soldado no quiero ser,
que así no habrán de mandarme
a herir al niño y al negro,
y al infeliz que no tiene
qué comer.
Soldado así no he de ser.

¡Mira al caballo en dos patas,
y al soldado encima dél,
con ojos llenos de furia,
con boca llena de hiel,
y el machetón, que lo mismo
mata viejo que mujer!
Soldado así no he de ser.

¡Ah de los trenes de tropas,
fríos al amanecer,
en duros rieles de sangre
corriendo a todo correr, [184]
para aplastar una huelga
o estrangular un batey!
Soldado así no he de ser.

¡Ah de los ojos con vendas,
porque vendados no ven!
¡Ah de las manos atadas
y la cadena en los pies!
¡Ah de los tristes soldados
esclavos del coronel!
Soldado así no he de ser.

Si a mí me dieran un rifle
les diría a mis hermanos
para qué sirve.
A mis hermanos soldados
para qué sirve.
Pero a mí no me lo dan,
porque sé para qué sirve,
por eso no me lo dan.
Ni a ti te lo dan, ni a ti,
ni a ti, ni a ti... ¡Qué soldados
íbamos a ser nosotros
en caballos desbocados!

Soldado así quiero ser.

El que no cuida el central,
que no es dél,
ni reina, como un rey tosco
de cuartel,
ni sobre el campo de caña [185]
tiras arranca de piel,
feroz igual que un negrero,
y aún más cruel.

Soldado libre, soldado
no más que al esclavo fiel:
soldado así quiero ser.

SOLDADOS EN ABISINIA

Mussolini
Sobre el puño, la barba.
Sobre la mesa, en cruz,
África
desangrada.
África verdinegra y azulblanca,
de geografía y mapa.

El dedo, hijo de César,
penetra el continente:
no hablan las aguas de papel,
ni los desiertos de papel,
ni las ciudades de papel.
El mapa, frío, de papel,
y el dedo, hijo de César,
con la uña sangrienta, ya clavada
sobre una Abisinia de papel. [186]

¡Qué diablo de pirata,
Mussolini,
con la cara tan dura
y la mano tan larga!

Abisinia se encrespa,
se enarca,
grita,
rabia,
protesta.
¡Il Duce!
Soldados.
Guerra.
Barcos.

Mussolini, en automóvil,
da su paseo matinal;
Mussolini, a caballo,
en su ejercicio vesperal;
Mussolini, en avión,
de una ciudad a otra ciudad.
Mussolini, bañado,
fresco,
limpio,
vertiginoso.
Mussolini, contento.
Y serio.

¡Ah, pero los soldados
irán cayendo y tropezando!
Los soldados [187]
no harán su viaje sobre un mapa,
sino sobre el suelo de África,
bajo el sol de África.
Allá no encontrarán ciudades de papel;
las ciudades serán algo más que puntos que hablen
con verdes vocecitas topográficas
hormigueros de balas,
toses de ametralladoras,
cañaverales de lanzas.

Entonces, los soldados
(que no hicieron su viaje sobre un mapa)
los soldados,
lejos de Mussolini,
solos;
los soldados
se abrasarán en el desierto,
y mucho más pequeños, desde luego,
los soldados
irán secándose después lentamente al sol,
los soldados
devueltos
en el excremento de los buitres.

YANQUI CON SOLDADO

Grave, junto a la puerta del yanqui diplomático,
vela un soldado el sueño de quien mi ensueño ahoga; [188]
ese cangrejo hervido, de pensamiento hepático,
dueño de mi esperanza, del palo y de la soga.

Allí, de piedra, inmóvil. Pero el fusil hierático,
cuando terco me acerco su rigidez deroga;
clávame su monóculo de cíclope automático,
me palpa, me sacude, me vuelca, me interroga.

¿Quién eres? ¿A quién buscas? Saco mi voz, y digo:
Uno a quien el que cuidas, pan y tierra suprime.
Ando en pos de un soldado que quiera ser mi amigo.

Ya sabrás algún día por qué tu padre gime,
y cómo el mismo brazo que ayer lo hizo mendigo,
engorda hoy con la sangre que de tu pecho exprime.

ELEGÍA A UN SOLDADO VIVO

Hierro de amargo filo en dócil vaina,
y el sol en la polaina.
Caballo casquiduro,
trotón americano,
salada espuma y freno bien seguro.
Cuero y sudor, la mano.

Así pasas, redondo,
encendiendo la calle,
preso en guerrera de ardoroso talle. [189]

Así al pasar me miras
con ojo elemental en cuyo fondo
una terrible compasión descuaja
cielos de punta en tempestad de iras
sobre mi pecho a la intemperie y hondo.

Así pasas, sonriendo,
áureo resplandeciendo,
momia ya en la mortaja:
tú, cuya mano rápida me ultraja
si a algún insulto de tu voz respondo;
tú, soldado, soldado,
en tu machete en cruz, crucificado.

Cuatro paredes altas
que ni tumbas ni saltas;
muda lengua, bien muda,
ya podrida, en la boca.
Vena sin sangre, corazón sin duda,
plomo, madera, roca.

Tan lejos en tu potro te perdiste,
que hoy no hallas, hombre triste,
solo en ti, sin ti mismo,
voz que ciegue tu abismo,
corriendo como vas a campo abierto,
sino el mazazo que tus toros castra,
y que aunque estalle el porvenir despierto
hacia ese abismo próximo te arrastra:
a ti, pobre soldado,
en tu machete en cruz crucificado. [190]

Labio de vidrio, seco.
Cabeza de muñeco.
Caña, plátanos, hulla,
saliva de vinagre, espalda roja
donde el látigo aúlla,
marca, hiere, se moja.
Bien te recuerdo, hermano,
limpio, sereno, sano.
Cetrino campesino
de escuetas esperanzas verticales;
mi familiar montuno,
seco y huraño, a tu manera fino;
dios del agro vacuno
donde con almas verdes, musicales,
la sal de tus ensueños dividías:
el cielo, el pan, el techo,
la tierra de tu pecho,
el agua, siempre mansa, de tus días.

Te faltó quien viniera,
soldado, y al oído te dijera:
«Eres esclavo, esclavo
como esos bueyes gordos,
ciegos, tranquilos, sordos,
que pastan bajo el sol meneando el rabo.
Esta paz es culpable.
¡Cuándo será que hable
tu boca, y que tu rudo pecho grite,
se rebele y agite!
Tú, paria en Cuba, solo y miserable, [191]
puedes rugir con voz del Continente:
la sangre que te lleva en su corriente
es la misma en Bolivia, en Guatemala,
en Brasil, en Haití... Tierras oscuras,
tierras de alambre para vuelo y ala,

quemadas por iguales calenturas,
secas a golpes de puñal y bala,
y en las que garras duras
están con pico y pala
día y noche cavando sepulturas.
Y tu, cuerpidesnudo,
mohoso, pétreo, mudo,
ofreciendo tu cuello,
tus uñas, tu resuello,
para encender sortijas,
empujar automóviles,
y sucio ver el vientre de tus hijas,
con las manos inmóviles.»
Sí... Faltó quien viniera,
y estas simples verdades te dijera.

Ahora pasas, redondo.
La alegría en el fondo
de ti mismo, y encendiendo la calle
esa guerrera de ardoroso talle.
¿Será posible que tu mano agraria,
la que empujó el arado
sobre la tierra paria;
tu mano campesina, hoy de soldado,
que no robó al ganado [192]
la sombra de su selva solitaria,
ora quitarme quiera
mi pan de cada día,
para hacer aún más gorda la chequera
del amo fiero que en tu máuser fía?
¡Di que no, di que no! Di, compañero,
que tu hermano es primero:
que vienes de la tierra, eres de tierra
y a la tierra darás tu amor postrero;
que no irás a la guerra
a morir por petróleo o por asfalto,
mientras tu impar caldero
de primordial maíz bosteza falto;
y que ese brazo rudo
sólo es del perseguido
a quien nadie recuerda cuando cae,
y a quien el sol desnudo
la tibia sangre en el sudor extrae,
como a golpes de un látigo encendido.
¡Di que sí, di que sí! ¡Di, compañero,
que tu hermano es primero!

¡Ah querido, querido!
No tú soldado muerto,
soldado tú, dormido.
Ven y grita en mis calles, tú, despierto,
tú, con lengua, con dientes, con oído;
de húmeda piel cubierto
el ancho cuello henchido,
y el zapato aplastando el triunfo cierto; [193]
que así ha de ver el mundo suspendido
nuestro futuro abierto,
fragua la una mitad y la otra nido,
y sobre el lomo del pasado yerto
el incendio implacable del olvido,
como una luna roja en el desierto.

CANCIÓN

Muerto de fatiga y sueño,
vuelve un soldado del monte.
Labio duro, duro ceño.

¡Qué lejos el horizonte
donde el hierro lo desciña
y el caballo lo desmonte!

Más lejos está la niña,
la de cintura entreabierta,
que ya nunca habrá quien ciña.

Soldado, soldado alerta
-fuego y sangre, polvo y riña-,
está muy lejos tu niña,
porque tu niña está muerta. [194]

BALADA DEL POLICÍA Y EL SOLDADO

Soldado trajiamarillo,
policía de azul dril;
mano ciega, sordo brillo:
palo y fusil.

Sobre las calles desnudas,
fosca noche sin luceros
envuelve dos sombras rudas
de ojos fieros.

El fusil, acero malo,

chilla, si la luz le da;
sobre las piedras, el palo
gruñe: ¡tra, tra!

(El soldado fue tornero;
el policía, zapatero.)

Ah, soldado, mi soldado,
¿cómo has podido escapar?
¡Los torneros que te buscan
pronto te van a encontrar!
Policía,
¿a dónde has ido a parar?
¡Los zapateros preguntan
por tu fiero delantal! [195]

Pasos en la calle oscura
donde la pareja está.
Grita el fusil con voz dura:
-¡Alto! ¿Quién va?
-Va un tornero,
que anda tras su compañero;
vengo porque hablarte quiero...
-No es tornero, que es soldado
chilla el fusil sin compás,
y después escupe airado:
-¡Eche pa'trás!

Pasos en la calle oscura
donde la pareja está.
Grita el palo con voz dura:
-¡Alto! ¿Quién va?
-Zapatero,
aquí está tu compañero;
vengo, porque hablarte quiero...
Pero el palo chilla fiero:
-¡Tome! ¡Tome! ¡Tome y tome!
Avise si quiere más;
tumbe por ahí y no embrome.
¡Eche pa'trás!

Silencio. Pero después
de la noche cuelga un canto
como una luna de hiel:
«Torneros, mucho cuidado.
que ahora es soldado el tornero; [196]
soldado de cuerpo entero

y con los ojos vendados.
¡Zapatero, policía,
mira que se hace de día
y estás de uniforme nuevo!»

SOLDADO LIBRE

¡Ya no volveré al cuartel,
suelto por calles y plazas,
yo mismo, Pedro Cortés!

Yo mismo dueño de mí,
ya por fin libre de guardias,
de uniforme y de fusil.

Podré a mi pueblo correr,
y gritar, cuando me vean:
¡aquí está Pedro Cortés!

Podré trabajar al sol,
y en la tierra que me espera,
con mi arado labrador.

Ser hombre otra vez de paz,
cargar niños, besar frentes,
cantar, reír y saltar. [197]

¡Ya no volveré al cuartel,
suelto por calles y plazas,
yo mismo, Pedro Cortés! [198]

Sones para turistas [199]

JOSÉ RAMÓN CANTALISO

José Ramón Cantaliso,
canta liso, canta liso
José Ramón.
Duro espinazo insumiso:
por eso es que canta liso
José Ramón Cantaliso,
José Ramón.

En bares, hachas, bachatas,
a los turistas a gatas
y a los nativos también,
a todos, el son preciso

José Ramón Cantaliso
les canta liso, muy liso,
para que lo entiendan bien.

Voz de cancerosa entraña,
humo de solar y caña,
que es nube prieta después:
son de guitarra madura,
cuya cuerda ronca y dura
no se enreda en la cintura,
ni prende fuego en los pies.

Él sabe que no hay trabajo,
que el pobre se pudre abajo,
y que tras tanto luchar,
el que no perdió el resuello, [200]
o tiene en la frente un sello,
o está con el agua al cuello,
sin poderlo remediar.

Por eso de fiesta en fiesta,
con su guitarra protesta,
que es su corazón también,
y a todos el son preciso,
José Ramón Cantaliso
les canta liso, muy liso,
para que lo entiendan bien.

I. CANTALISO EN UN BAR

(Los turistas en el bar:
Cantaliso, su guitarra,
y un son que comienza a andar.)

-No me paguen porque cante
lo que nos les cantaré;
ahora tendrán que escucharme
todo lo que antes callé.
¿Quién los llamó?
Gasten su plata,
beban su alcol,
cómprense un güiro,
pero a mí no, [201]
pero a mí no,
pero a mí no.

Todos estos yanquis rojos

son hijos de un camarón,
y los parió una botella,
una botella de ron.
¿Quién los llamó?
Ustedes viven,
me muero yo,
comen y beben,
pero yo no,
pero yo no,
pero yo no.

Aunque soy un pobre negro,
sé que el mundo no anda bien;
¡ay, yo conozco a un mecánico
que lo puede componer!
¿Quién los llamó?
Cuando regresen
a Nueva York,
mándenme pobres
como soy yo,
como soy yo,
como soy yo.

A ellos les daré la mano,
y con ellos cantaré,
porque el canto que ellos saben
es el mismo que yo sé. [202]

II. VISITA A UN SOLAR

(Turistas en un solar.
Canta Cantaliso un son
que no se puede bailar.)

-Mejor que en hotel de lujo,
quédense en este solar:
aquí encontrarán de sobra
lo que allá no han de encontrar.
Voy a presentar, señores,
a Juan Cocinero:
tiene una mesa, tiene una silla,
tiene una silla, tiene una mesa
y un reverbero.
El reverbero está sin candela,
muy disgustado con la cazuela.
¡Verán qué alegre, qué placentero,
qué alimentado, qué complacido

pasa la vida Juan Cocinero!

Interrumpe Juan Cocinero:

-¡Con lo que un turista traga
nada más que en aguardiente
cualquiera un cuarto se paga! [203]

Sigue el son:

-...Y éste es Luis, el caramelero;
y éste es Carlos, el isleño;
y aquel negro
se llama Pedro Martínez,
y aquel otro,
Norberto Soto,
y aquella negra de más allá,
Petra Sardá.
Todos viven en un cuarto,
seguramente
porque resulta barato.
¡Qué gente,
que gente tan consecuente!

Todos a coro:

-¡Con lo que un turista traga
nada más que en aguardiente
cualquiera un cuarto se paga!

Sigue el son:

-Y la que tose, señores,
sobre esa cama.
se llama Juana:
tuberculosis en tercer grado.
por un resfriado
muy mal cuidado.
La muy idiota pasaba el día
sin un bocado. [204]

¡Qué tontería!
¡Tanta comida que se ha botado!

Todos a coro:

-¡Con lo que un yanqui ha gastado

no mas que en comprar botellas
se hubiera Juana curado!

Termina el son:

-¡Turistas, quédense aquí,
que voy a hacerlos gozar;
turistas, quédense aquí,
que voy a hacerlos gozar,
cantándoles sones, sones
que no se pueden bailar!

III. SON DEL DESAHUCIO

-El alquiler se cumplió:
te tienes que mudar;
ay, pero el problema es serio,
muy serio,
pero el problema es muy serio,
porque no hay con qué pagar. [205]
Si encuentras cuarto vacío,
te tienes que mudar,
y si acaso no lo encuentras,
te tienes que mudar.
Si el dueño dice: «Lo siento»,
te tienes que mudar;
pero si no dice nada,
te tienes que mudar.
Como quiera, como quiera,
te tienes que mudar;
con dinero, sin dinero,
te tienes que mudar;
donde sea, como sea,
te tienes que mudar,
te tienes que mudar,
¡te tienes que mudar!

Calma, mi compadre, calma,
vamos los dos a cantar,
que llegue el casero ahora,
él nos podrá acompañar.

-Escuche, amigo casero,
ayer me citó el Juzgado,
y dije que no he pagado
porque no tengo dinero,
y estoy parado.

Yo no me voy a la calle,
porque la lluvia me moja;
venga usted, casero, y diga,
diga, [206]
venga usted, casero, y diga,
diga,
si va a curarme el catarro,
si va a curarme el catarro,
después que el agua me coja.

Conozco hoteles vacíos
y casas sin habitantes:
¿cómo voy a estar de pie,
con tantos puestos vacantes?
Calma, mi compadre, calma,
vamos los dos a cantar;
que llegue el casero ahora,
él nos podrá acompañar.
¿Es que a usted lo achica el miedo?
No, señor;
a mí no me achica el miedo,
y aquí me quedo,
sí, señor,
y aquí me quedo,
sí, señor,
y aquí me quedo...